

LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA



FRAY JUAN DE UNZA

Si el Padre Mendieta, uno de los bascongados ilustres que registran las crónicas franciscanas del siglo XVI, no nos hubiera dado á conocer las virtudes que atesoró este humilde hijo de la religión de San Francisco, es posible que á estas fechas no pudiera la EUSKAL-ERRIA ofrecer á sus lectores los ejemplos de caridad y de pobreza que derrochó este lego ejemplar del convento de San Francisco de la ciudad de México.

Por todo caudal de datos biográficos sabemos únicamente que el Padre Unza nació en Zarauz y que murió en edad avanzada, en Acapulco, en 1581, estando á punto de embarcarse, en unión de varios religiosos de la Orden seráfica, con rumbo á Filipinas.

Practicando nuevas investigaciones se ha llegado á averiguar que, Juan de Unza, antes de vestir el humildísimo sayal, fué conocido, como hábil cirujano, en toda la comarca, sin que me sea lícito asegurar si este Juan de Unza, cirujano de Zarauz, lego más tarde en el convento de San Francisco de México y muerto en Acapulco en 1581, es el mismo Juan de Unza que en 1570 tuvo «comisión de reparar el camino de Orio á Zarauz y contra quien la villa de Usurbil formuló ciertas quejas por haberse propasado á hacer ejecutar el camino de la parte de Aguinaga». Los nombres, las fechas y hasta las circunstancias de lugar y tiempo inclinan á aceptar la identidad de éstas dos personas. Pero como esto, al fin y al cabo, no importa gran cosa y yo conozco ménos al Comisionado de obras públicas que al lego cirujano de la

comunidad del expresado convento, diré del último lo que sepa, y sé que Juan poseyó el don de gentes y que, por su conversación discreta, su trato afable y su aspecto humilde y simpático, consiguió merecer el cariño de sus convecinos. Sé también que sus bienes de fortuna fueron escasos, y aunque no he podido averiguar á ciencia cierta si fueron ó no de su propiedad la casa en que vivió y un pedazo de huerta cuidadosamente cultivada, en el que crecían algunos manzanos y media docena de perales y en donde solía emplear los pocos ratos de ocio que le permitían sus tareas, al cuidado de las hortalizas y de una docena escasa de gallinas, cuyos productos constituían, durante una parte del año, el alimento de su familia, sabemos, no obstante, por un inventario hallado casualmente en cierto archivo de familia, que poseía también algunos libros, entre piadosos y científicos, amarillentos y forrados de arrugado pergamino, á los cuales dedicaba sus horas más gratas. Su instrucción no fué ciertamente muy sólida, toda la que pudo ofrecerle el buen Párroco, á cuyo servicio, según cuentan los papeles viejos que consulto, dedicó sus juveniles años. Pero si no poseyó mucha ciencia la suplió un claro juicio y una voluntad, sobre todo, á prueba de contrariedades. Supo, sin embargo, lo bastante para pasar, entre los pobres marineros y aldeanos, sus convecinos, por hombre sabio. Ni la época en que nació, ni el lugar donde se deslizó su existencia, apartado de todo centro de cultura, ni los recursos harto merdados, de su reducidísimo patrimonio, le hubieron permitido adquirir los conocimientos y las luces que de manera tan gallarda ostentaban por entonces tantos euskaldunas ilustres.

Pero lo que á Juan distinguía sobre todas las hermosísimas cualidades que le adornaban, era una amor indeficiente al dolor y á las lágrimas: no podía ver una sin que amorosamente acudiese á enjuagarla, y, allí donde la tristeza asomara su brote, allí estaba Juan dispuesto á estirparlo de la única manera con que suelen con eficacia ser combatidas las enfermedades del espíritu: consolando con ternura paternal á los que padecían con más rigor las tribulaciones y los trabajos de la vida. Amigo del desvalido, él compartía el fruto de sus trabajos con el primero que se lo demandara, de tal suerte que muchas veces, según rezan los viejos documentos que he consultado, apenas podía el buen cirujano acudir á sus necesidades más parentorias.

El mar, ese amigo pérfido, á veces, inconstante y tornadizo, solía ofrecerle serios disgustos; y eso que Juan, según infero de los testi-

monios de información que poseo, no llegó á embarcarse más que una sola vez en toda su vida; pero la jornada fué larga, tan larga que no regresó jamás. Y digo que el mar solía ofrecerle serios disgustos, porque Juan era siempre el primero que, en días de borrasca, acudía á la playa á prestar socorro á los náufragos, á vendar sus heridas y á fortalecer con los consuelos de su caridad inagotable los espíritus abatidos por los quebrantos, al propio tiempo que con su mediana ciencia de curar restablecía las fuerzas aniquiladas en la lucha que sostenían contra las ingentes olas los audaces hijos de la ribera. Él cuidaba de los despojos que escupían los embravecidos elementos á la playa arenosa, y él era, por último, la providencia de cuantos sufrían en la villa de Zarauz las inclemencias de la vida.

No se ha podido averiguar el año á que corresponde el día en que Juan de Unza, abandonando el lugar, fuese al puerto, donde una expedición destinada á la Nueva España estaba pronta á largar velas. Todo el pueblo se hizo lenguas escandalizado de tan extraño é inesperado suceso; porque á nadie le pudo ocurrir la sospecha siquiera de que pudiera haber penetrado en el alma generosa del cirujano la más ligera sombra de codicia, ni que el deseo más ténue de distinguirse en las épicas empresas ultramarinas, lo hubiera empujado hácia las remotas playas del continente colombino, teatro á la sazón de las más estupendas hazañas que refieren las crónicas del mundo. Espíritu esencialmente cristiano y abierto, por consiguiente, á los más puros amores, no tuvo reparo en abandonar su casa, su familia y sus afecciones más caras y acudir á donde pudo sospechar que habían de ser más eficaces los consuelos de la religión y la lumbre ardiente de su inagotable caridad, y allá partió á prodigarlos entre las nuevas razas con la abnegación del justo. No alimentaron su espíritu los alientos poderosos, ni mucho menos, alcanzó el P. Unza las sublimes á la par que heróicas concepciones del agustiniano fr. Andrés de Urdaneta, ni las de su homónimo compañero de trabajos y de glorias y hermano de la misma Orden, fr. Andrés de Aguirre, ni el celo intransigente de Zumarraga, su energía incomparable y su espíritu emprendedor; ni las cualidades de escritor docto que resplandecieron en el vitoriano fr. Jerónimo de Mendieta, el Cicerón de la provincia, como solían llamarle sus hermanos de religión; el arrojo heróico, la perseverancia tenaz, la fuerza incontrastable para vencer los obstáculos que se oponían á la satisfacción de aquella sed ardentísima de saber que los consumían, de pene-

trar lo desconocido, de averiguar los misterios que guardaban mares insondables y bosques espesos y seculares, que eran nidos de fieras voraces, de reptiles y de insectos venenosos, trepando altas y tajadas montañas, hendidas por torrentes peligrosísimos y cruzadas de valles que eran abismos, sin guías, inermes, con sólo una fe ardentísima por escudo y un crucifijo por arma. No, no fué el de Unza, como el de sus hermanos, entendimiento vigoroso que analiza, que estudia y compara; su alma cándida pero fuerte y templada en toda clase de trabajos, encerrada en un cuerpo que otro tiempo fué gallardo y hermoso y robusto, pero que ahora se le contempla lacerado por la disciplina y extenuado por la fatiga y el ayuno, exhala otra clase de perfumes, el que exhala la caridad, nunca agotada: ella lo llevó á todas partes, y por ella sufrió con la sonrisa del justo todos los agravios.

Llegado á México tomó el P. Unza en su convento de San Francisco el hábito de religión, en donde su austeridad y rigor en las penitencias fueron tales que no se alimentaba sino una vez al día con un poco de caldo de la olla y algunas legumbres. Siempre anduvo descalzo y no usó más que un pobre y deshilachado hábito. Azotaba su cuerpo con crueles disciplinas, todas las noches, á las diez, después de orar, y cuando moría algún enfermo de los que él asistía, como cirujano y enfermero del convento, aquella noche, fuera de lo acostumbrado, se azotaba cruelmente, por si acaso un descuido suyo pudo precipitar el término de la vida del paciente. Dice el P. Meridieta, cuyas son estas noticias, que era tan ferviente la caridad y tan solícitos los cuidados que ponía en las curas de los enfermos, que muchas veces parecieron más maravillosos que naturales. «Amaba mucho la santa pobreza—dice Mendieta—y celaba la regla y observancia de ella. Por esta causa, habiendo venido (á México) de España los religiosos descalzos de nuestra Orden de San Francisco, aunque él andaba tan descalzo y pobre como ellos, parecióle que en su compañía viviría con más rezos y penitencias, y así se pasó á ellos. Y no parando en esto su deseo, con el celo de aprovechar á los más necesitados con el talento que Dios le dió, así en los cuerpos como en las almas, se partió con ellos para las islas Filipinas, siendo, como era, viejo. Y estando para embarcarse en el puerto de Acapulco, le dió el mal de la muerte, con el cual acabó el curso de su peregrinación el año de 1581. Enterróse en el mismo puerto».

El poder misterioso de la caridad es inapreciable. Es virtud que

borra las fronteras sin hallar realmente obstáculo serio á la propagación de su benéfico influjo. La santa caridad se abre paso seguro por los más escondidos y ásperos caminos de la vida; cruza los trópicos y alcanza las más altas latitudes; nada la detiene, vence las dificultades y llega al fin. Ni la arredran ni la detienen en su camino los obstáculos de la naturaleza ni la perversidad del hombre; cruza los procelosos mares, atraviesa las estepas dilatadas, calcinadas por los rayos abrasadores del sol, trepa la empinada montaña, áspera y fragosa, coronada de nieves eternas, baja á los valles profundos, salva los desfiladeros peligrosos y sufre con la sonrisa del justo la pesadumbre de las pasiones humanas. ¿A donde va? dejadla, no interrumpais su camino, ni la pongais estorbos, que su destino es santo. De ésta suerte la milicia del santo de Asís, del seráfico Francisco, en la cual sirvió su modestísima plaza de lego cirujano el guipuzcoano fray Juan de Unza, con su ardiente caridad y con su misticismo exquisito cumplió á maravilla en la virgen América la misión santa de su Orden.

FRANCISCO SERRATO.

Noticias bibliográficas y literarias

LOS FUEROS Y SUS DEFENSAS

Hemos recibido el tomo 17 de la «Biblioteca Bascongada» titulado *Los Fueros y sus defensas* con los discursos pronunciados en el Senado el año 1876 por los señores D. José Manuel de Aguirre-Miramón y general Castillo, y en el Congreso de los diputados por D. Javier de Barcáiztegui, conde de Llobregat, en favor de nuestros sagrados derechos.

A la cabeza del libro aparece un hermoso prólogo sobre los Fueros Bascongados.

Felicítamos á nuestro querido amigo y colaborador D. Fermín Herrán, por el entusiasta propósito que lleva á cabo de difundir en Euskaria los laudables esfuerzos de sus hijos en pro de sus venerandas instituciones.

El tomo se vende á dos pesetas en las principales librerías.
